

# El bandolerismo, hecho social

¿Mito o  
realidad?

Josep M.<sup>a</sup> Morrerres Boix

*«Los bandidos pertenecen a la historia recordada, que es distinta de la historia oficial de los libros. Son parte de esa historia que no consiste tanto en un registro de acontecimientos y de los personajes que los protagonizaron, cuanto en los símbolos de los factores —teóricamente determinables pero aún no determinados— que configuran el mundo de los pobres: de los reyes justos y de los hombres que llevan la justicia al pueblo. Esta es la razón por la cual las leyendas de bandidos aún tienen capacidad para emocionarnos.»*

(E. J. HOBSBAWM)

Mito o realidad, el bandolero es un producto de cierto estadio de la evolución de la sociedad en que se dan una serie de circunstancias que impulsan, permiten y apoyan la existencia del bandolerismo.

**H**OBBSAWM \* demuestra en su estudio que la figura del bandolero o bandido social es universal, en el más amplio sentido de esta palabra, ya que da ejemplos de los cinco continentes. Mito o realidad, el bandolero es un producto de cierto estadio de la evolución de la sociedad en que se dan una serie de circunstancias que impulsan, permiten y apoyan la existencia del bandolerismo.

Según esto, el bandolerismo es un hecho social, asentado en determinado tipo de sociedad y con una función dentro de ésta.

El estudio de Hobsbawm analiza al mismo tiempo el mito del bandido social, es decir, lo que el pueblo llano ve o espera de este bandolero, y la realidad de éste que ha llegado hasta nosotros. En la mayoría de los casos, el bandolero parece que haya encarnado gran parte de los roles que le ha atribuido, por causas que después se citarán, la imaginación popular. El autor toma como prototipo a Robin Hood, personaje, al parecer, más mítico que real, pero que por su divulgación literaria y cinematográfica, es conocido, no sólo del público anglo-sajón, sino universalmente. Por otra parte, las generalidades que son válidas para todos los bandoleros, están necesitadas de ciertas matizaciones atendiendo al ámbito cultural que las sostiene y a la mudanza de los valores considerados como morales en las distintas sociedades.

Hobsbawm sintetiza así las cualidades que debe reunir el bandido social:

«1) El ladrón noble inicia su carrera fuera de la ley no a causa de un crimen, sino como víctima

de una injusticia, o debido a la persecución de las autoridades por algún acto que éstas, pero no la costumbre popular, consideran criminal; 2) «Corrige los abusos»; 3) «Roba al rico para dar al pobre»; 4) «No mata nunca si no es en defensa propia o en justa venganza»; 5) Si sobrevive, se reincorpora a su pueblo como ciudadano honrado y miembro de la comunidad. En realidad, nunca abandona su comunidad; 6) Es ayudado, admirado y apoyado por su pueblo; 7) Su muerte obedece única y exclusivamente a la traición, puesto que ningún miembro decente de la comunidad ayudaría a las autoridades en contra suya; 8) Es —cuando menos en teoría— invisible e invulnerable; y 9) No es

enemigo del rey o del emperador, fuente de justicia, sino sólo de la nobleza, el clero y otros opresores locales.»

La aceptación social del bandolero radica en su permanencia entre su gente, con una mentalidad igual, pero al mismo tiempo, como un foco de rebeldía contra el opresor que les hace concebir una esperanza de justicia a los débiles. Por otro lado, la existencia de bandolerismo beneficia la actividad económica. El bandolero requiere de servicios para la satisfacción de sus necesidades y de los pequeños o grandes lujos que pueden permitirle sus rapiñas, pagando con generosidad la hospitalidad y los servicios que se le prestan, actúa como dinamizador de la economía, procurando comercio en comunidades generalmente autárquicas. Esto al margen de la dadivosidad que se le supone y



El bandolerismo es un hecho social, asentado en determinado tipo de comunidad y con una función dentro de ésta. La figura del bandolero o bandido social es universal, ya que se dan ejemplos de ella en los cinco continentes. (Grabado de Malapeau).

\* Hobsbawm, E. J.: «Bandidos». Ediciones Ariel, Barcelona.

que es frecuente, sin necesidad de tratarse de un espíritu raramente altruista, ya que en este tipo de sociedades, la caridad está prácticamente institucionalizada.

Lo que el bandido no es, no puede ser, es un revolucionario. El bandolero no es un revolucionario porque su visión del mundo queda reducida al contexto social en que se desenvuelve; porque su mentalidad es la mentalidad tradicionalista de la sociedad de la que ha surgido. Su rebelión no está motivada por la conciencia de la necesidad de un cambio en las estructuras sociales, sino por la apreciación subjetiva de una sobre-explotación injusta, y su aspiración es la de un retorno, frecuentemente

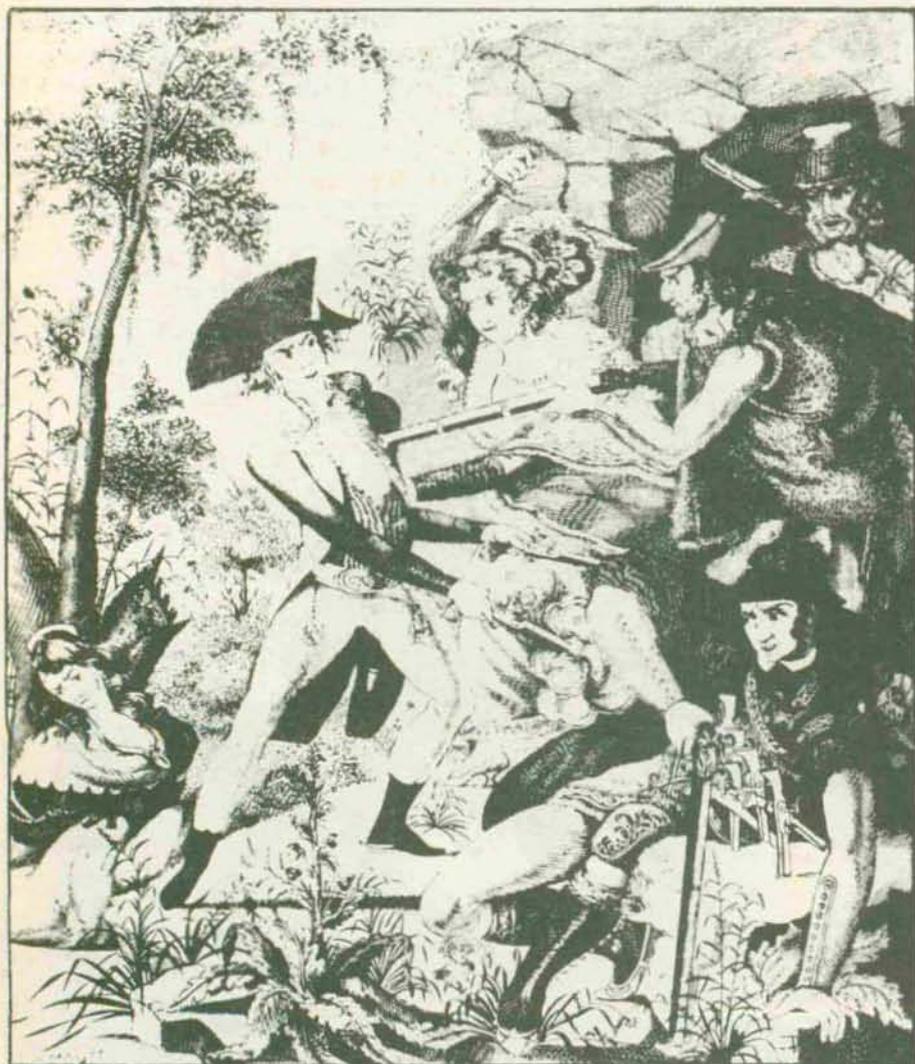
mitificado, al orden social precedente.

La función social del bandolero no es la de un cambio de las estructuras, sino la de un freno a la arbitrariedad de la autoridad establecida y una ilusión de rebeldía, un sucedáneo de la revolución, para el espíritu fatalista del resto de la sociedad.

Es frecuente que cuando el bandolero considera que la injusticia ha sido subsanada o la injuria vengada se reintegre a la sociedad como un campesino honrado, otras veces se reintegra, gracias al botín conseguido, como hacendado. A menudo, la autoridad los asimila al sistema, concediéndoles la amnistía de sus delitos a cambio de ingresar

en el ejército o en la policía local. Parece una norma que el guarda forestal provenga del cazador furtivo. Esta reinsección se realiza con facilidad debido a que al bandolero no se le ha considerado nunca como a un criminal o un asocial, y que su actuación ha seguido unas normas éticas aceptadas por la sociedad.

El estudio de Hobsbawm marca muy bien las diferencias existentes entre el vulgar ladrón o el criminal y el bandido social. Referente a los expropiadores, los asaltos para conseguir fondos para un movimiento revolucionario, parece que no marcan suficientemente las diferencias, ya que, si bien a veces los medios que utilizan son semejantes, el expropiador cuenta con una organización política, una ideología y lo que es más importante, un proyecto para cambiar la sociedad, frente a la rebelión individual y condenada a la esterilidad del bandolero.



La aceptación social del bandolero radica en la permanencia entre su gente, pero también porque constituye un foco de rebeldía contra el opresor que hace concebir a los débiles una cierta esperanza de justicia. Contemplamos «un asalto a una dama y un caballero».

## EL CONTEXTO SOCIAL

La época de los bandoleros se da en Europa, principalmente, entre los siglos XVI y XVIII, y en países de economía atrasada, como es el caso de España, se prolonga hasta la primera mitad del siglo XIX. De todos modos, el fenómeno del bandolerismo se da siempre en sociedades de tipo agrario o pre-industrial, y aumenta en las épocas de crisis o inestabilidad política, en las que la administración se hace inoperante.

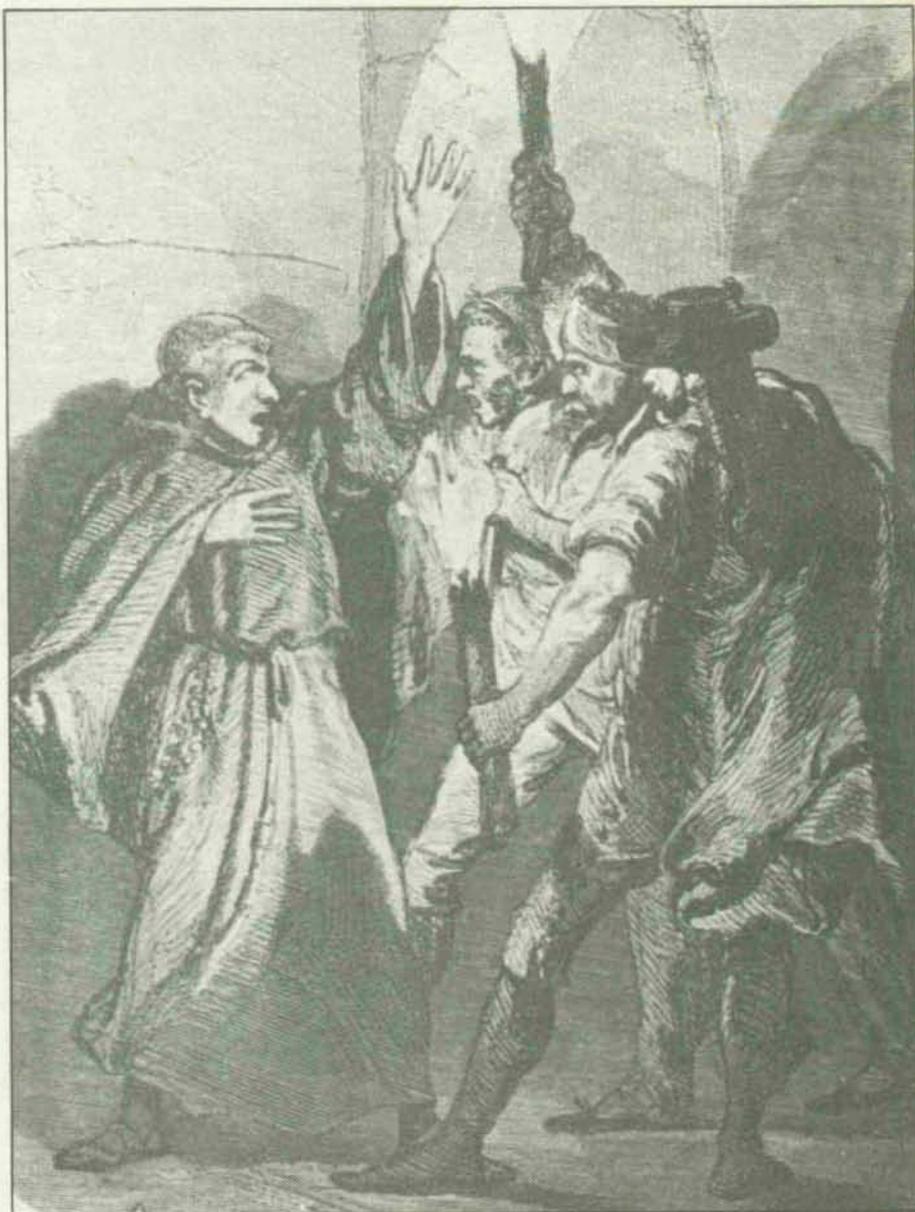
En las sociedades de tipo tradicional, con un espíritu fatalista y una actividad social aletargada, el bandolero actúa a modo de catarsis: el odio y la rebeldía son reprimidos y proyectados a través de las fechorías del bandolero. En su

impotencia, el pueblo asume las acciones de un individuo, al que admira y teme, como propias.

Contradictoriamente, el individuo no encuentra un marco social para expresar su rebeldía —como podría ser un sindicato o un partido—, y debe colocarse al margen de la comunidad.

Esta contradicción —su marginación y al mismo tiempo su lugar específico dentro del sistema social— hace del bandolero un individuo excepcional. Esta situación sólo es posible por las características de la sociedad agraria. Según los marxistas, la ideología viene condicionada por el modo de producción; y el modo de producción agrario, ata irremisiblemente al campesino a su tierra. Este enraizamiento en la tierra ha formado una mentalidad eminentemente conservadora. Los métodos de producción —técnicas y aperos— evolucionaron mínimamente hasta las mismas puertas de la revolución industrial, lo que ha contribuido a esta actitud tradicionalista, de respeto a las costumbres arcaicas y de mitificación del pasado, junto a un justificado temor a las innovaciones, tanto técnicas como sociales, provenientes de otros ámbitos.

Las condiciones del trabajo —dependencia de la tierra y de las estaciones— y la herencia cultural —mentalidad fatalista y conservadora— han determinado en la sociedad agraria un cierto anquilosamiento en la lucha social. El campesino acepta, con la ayuda de la predicación religiosa, su estado de explotación como natural, la división de clases como correspondiente a la naturaleza humana. La extrema miseria de su ámbito le desengaña de la idea de progreso, la práctica coti-



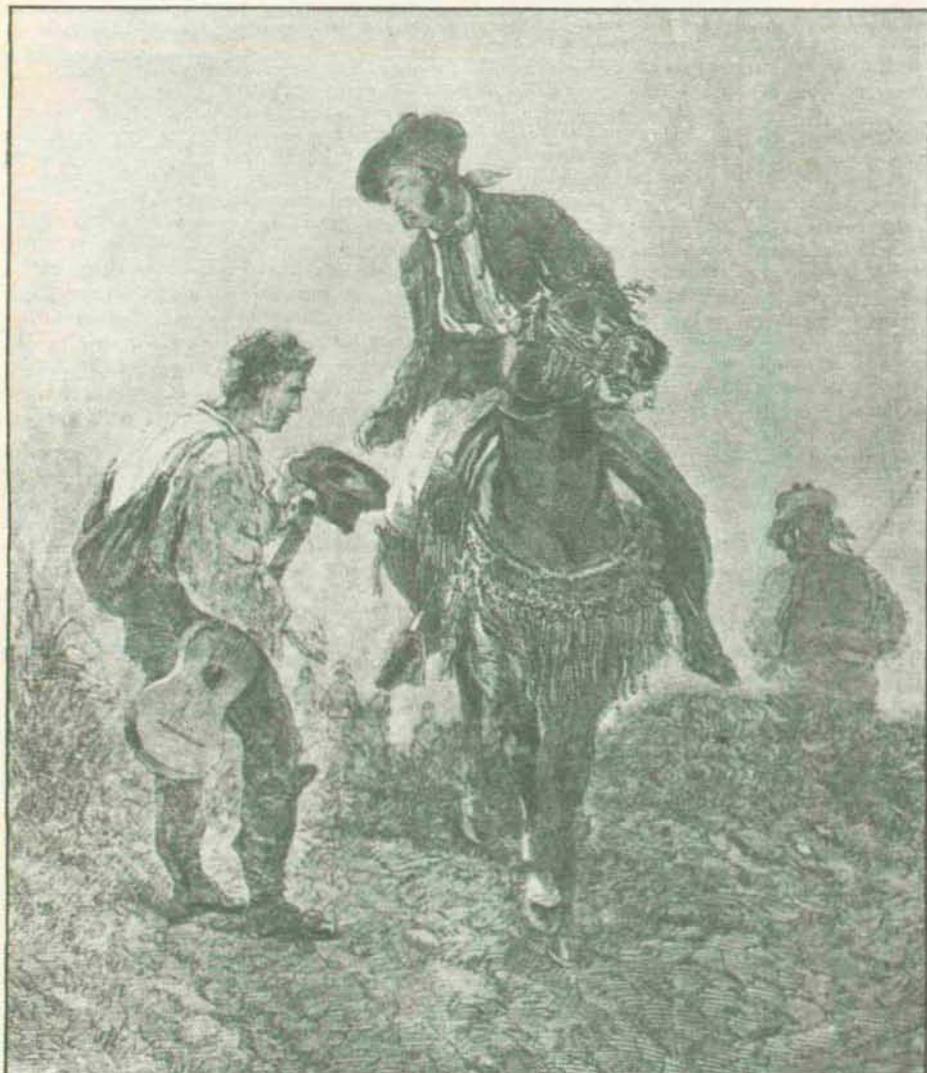
Pese al anatema que recibe de los poderes constituidos —representado en la presente estampa—, el bandolero no es un revolucionario ya que su visión del mundo se halla limitada a la del contexto social en que se desenvuelve su actividad depredadora.

diana le demuestra la imposibilidad de toda la movilidad social. Se sentencia: El que nace pobre, vive pobre y muere pobre.

Esta es la norma fijada. Es norma válida para toda la sociedad, pero no para señaladas individualidades. El bandolero es una de estas excepciones. Su carácter rebelde entra en contradicción con el espíritu apático de la sociedad. Su rebelión es individual. Es la afirmación de la individualidad frente a las estructuras. Aunque por su mentalidad pertenezca al grupo, su temperamento le sitúa fuera

de él, de ahí su marginación y su asimilación simultáneas.

Ya he hablado de la función catártica que ejerce el bandolero en la sociedad agraria. La inmovilidad social es sólo aparente, relativa. Si no una movilidad, existe un deslizamiento social. A pesar de su pretensión autárquica, la sociedad agraria se relaciona, poco o mucho, con el resto de la sociedad y no puede mantenerse al margen indefinidamente de los cambios que se produzcan en ésta. Los campesinos también se encuentran sometidos, aunque quizá de forma menos directa que otros sectores, a



Una de las cualidades más sobresalientes que debe reunir el bandido social—y Hobsbawm lo ha enunciado así en su conocido estudio sobre el tema—, es la de «robar al rico para dar al pobre», lo que el grabado adjunto muestra con precisión.

los vaivenes de la política y, sobre todo, de la economía del Estado. Estas repercusiones suelen considerarse siempre, por los trabajadores del campo y pequeños propietarios, como nocivas para sus intereses. La mentalidad campesina sólo ve perjuicios en los cambios e innovaciones que se le imponen desde la ciudad.

Su tradicional apatía le impide, por lo general, rebelarse como clase o como grupo social, propiciando una rebelión individual de los espíritus más exaltados, que se niegan a doblegar su espalda y su voluntad una vez más, a menudo, por un hecho insignificante, pero que tiene la propiedad de la gota que hace rebosar el vaso. Cuando esto sucede, el

bandolero pasa a ser, de alguna forma, la expresión de la voluntad popular, por una identificación con sus hazañas que aumenta al aumentar la audacia de éstas y la osadía y gallardía de aquél.

Este hecho no tiende a modificar el contexto social en que se inscribe. No representa un ejemplo a seguir, sino el consuelo para el pobre de una posibilidad de resistir al opresor.

Las condiciones en que se desenvuelve la vida del bandolero, ya de por sí imposibilitan a los hombres que han contraído obligaciones —mujer, hijos— o a los que consideran que tienen algo que perder —pequeños propietarios, arrendatarios— a tomar el camino de la sierra. Así pues,

la opción a la rebelión no se basa tan sólo en motivos psicológicos, sino también resulta determinante la situación socio-económica del sujeto. De nuevo, Hobsbawm nos sirve para esclarecer las fuentes donde se reclutan los bandoleros. Sobre su estudio pueden establecerse las siguientes procedencias: excedentes de mano de obra; hombres jóvenes que aún no han formado un hogar; marginados sociales y emigrados; y desertores, soldados y ex-militares.

La actuación del bandolero nunca llega a amenazar alterar el orden social existente ni la estabilidad del poder político. Al centrar sus pillerías en una comarca determinada, no logra influir, ni es este su propósito, en el curso de la economía general. Puede provocar molestias, pero no perturbaciones graves. De hecho, su inmunidad está asegurada por la limitación de los efectos de sus correrías. En caso de que se exceda del límite de permisividad, una agilización consecuente de la represión por el poder central tiene probada capacidad para acabar con él. Los perjuicios inferidos por el bandolero a la autoridad no deberán sobrepasar los costes de su represión.

## LA COYUNTURA REVOLUCIONARIA

Conscientemente, he insistido en el papel no revolucionario que desarrolla el bandolero en una sociedad de tipo agrario o preindustrial.

El fenómeno del bandolerismo es un sucedáneo de la revolución que se da en sociedades en que no se han desarrollado suficientemente las contradicciones del sistema social y de la lucha de clases y que por lo tanto no existen las condiciones para que pueda

prosperar un espíritu revolucionario.

Se ha llegado a hablar del bandolero como de un contra-revolucionario y retrógrado, ya que representa una falsa salida a los problemas sociales planteados. Los que esto afirman olvidan que la revolución no depende del voluntarismo de los hombres, sino que han de coincidir toda una serie de circunstancias para que se dé el hecho revolucionario. Mientras no se dan éstas, los hombres buscan su particular forma de rebelión. Parece que ha quedado demostrado que es la sociedad la que forma al bandolero.

Si el ámbito social ofrece los cauces para que los impulsos de rebeldía puedan ser encaaminados hacia un cambio de las estructuras, la figura del bandolero desaparece.

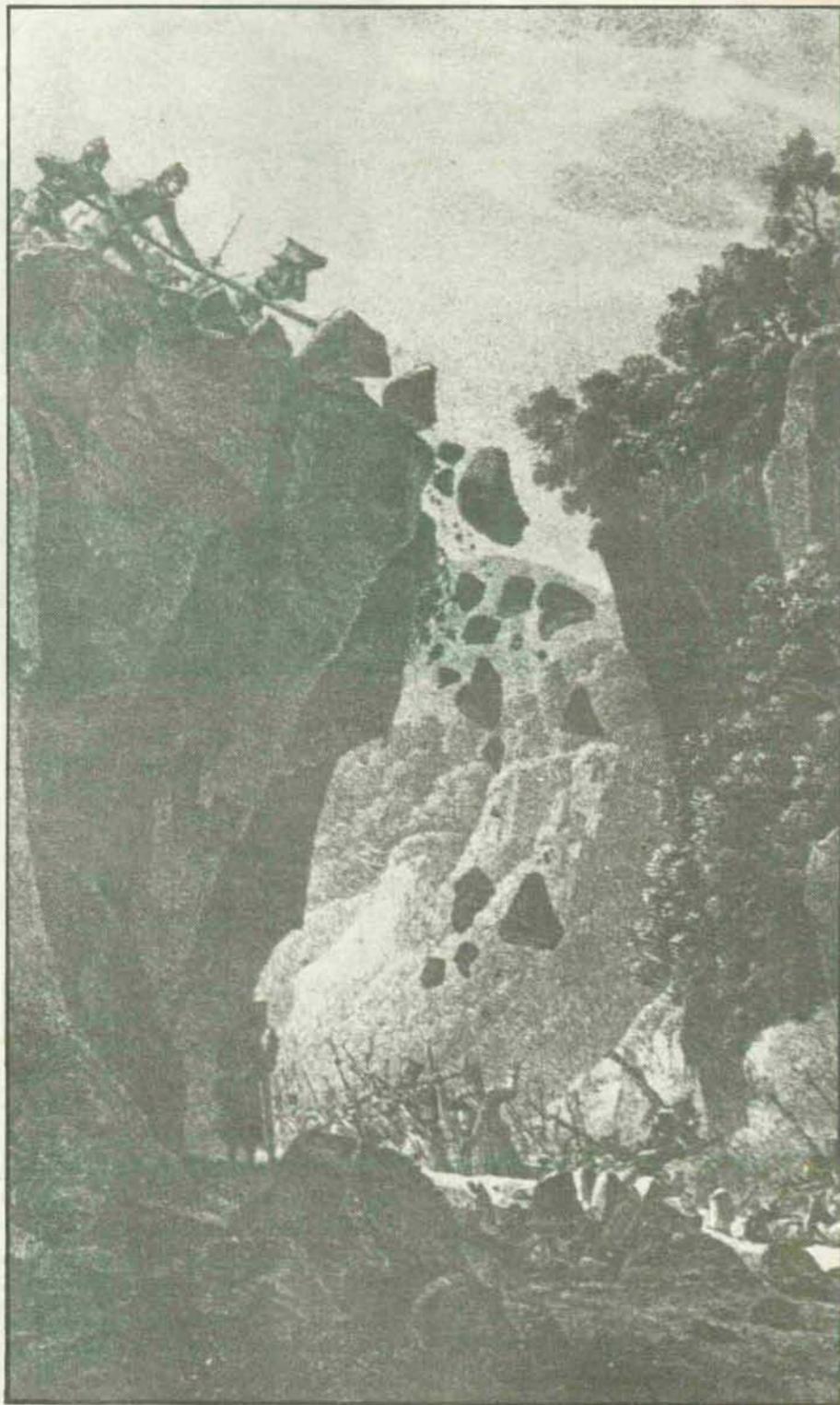
Cuando la rebeldía no es un hecho individual, sino un sentir común contra todo el sistema de opresión; cuando esta rebeldía, guiada por una ideología, se lleve a la práctica, buscando un cambio total en la filosofía de la vida, estamos ante el hecho revolucionario. La revolución exige una participación mayoritaria de la población, para lo que es necesario un alto grado de concienciación, la que, como hemos visto, no existe junto al bandolerismo.

Hay casos en la historia en que el bandolerismo existente se ha agregado a un movimiento revolucionario. Este paralelismo con la revolución se da cuando se produce una repentina y creciente movilización social que rompe con la anterior apatía que había originado a los bandoleros. Frecuentemente, esta movilización está motivada por la introducción de elementos extraños al sistema, como puede ser una invasión extranjera.

Tal es el caso de la situación que se dio en España, a prin-

cipios del siglo pasado, con la Guerra de la Independencia. La invasión francesa, la abdicación monárquica y la desertión del ejército provocaron en el pueblo un sentido de desamparo, que llevó a la creación de Juntas locales de defensa y a poner en duda toda la

escala de valores vigente hasta aquel momento. Durante el período de la Guerra de la Independencia se derrumbó la organización del Antiguo Régimen. En esta nueva situación, bandoleros, como el Empecinado, que se había marginado, se reincor-



La Guerra de la Independencia contra los franceses motivó el paso de muchos bandoleros españoles a la lucha guerrillera. He aquí una escena demostrativa: columnas napoleónicas caen en una emboscada de guerrilleros dentro de las estribaciones del valle de Aoiz.

Hombres como Juan Martín Díaz, «El Empecinado» (junto a estas líneas), se pusieron al frente de los sublevados contra la invasión francesa, aportando sus dotes de mando y su experiencia a la guerra de guerrillas. Numerosos bandoleros ganaron así galones militares.



poraban a la sociedad, poniéndose al frente de los sublevados, aportando sus dotes de mando y su experiencia, adquirida en sus correrías anteriores, en la guerra de guerrillas. Prueba del importante papel que jugaron estos hombres, y siguiendo con el ejemplo del Empecinado, es que a la reinstauración de Fernando VII, en reconocimiento de sus méritos, el que había sido un bandolero fue recibido por el rey y recibió el grado de general. Juan Martín Díaz no supo adaptarse a la vida tranquila que podría haberle proporcionado su grado de militar y se revolvió contra el olvido de las promesas de Fernando VII, llegando a alzarse en armas, siendo detenido y ejecutado.

La trayectoria del Empecinado no fue singular, fueron

numerosos los bandoleros que ganaron sus galones durante la guerra, lo que contribuyó a engrosar el tradicional lastre de la oficialidad sin empleo del ejército del siglo XIX.

Otro caso suficientemente conocido es el de la revolución mexicana. Pancho Villa era un bandolero que operaba en el noroeste del país. Madero le convence para que se incorpore a la revolución, y desde entonces se convierte en un valioso general, que aportó las más importantes victorias a la causa revolucionaria y que llegó hasta planear la invasión de los Estados Unidos. Pancho Villa fue recompensado por sus servicios, convirtiéndose en un poderoso hacendado, a una revolución que había pretendido devolver la tierra a los desheredados. Distinto fin

tuvo Emilio Zapata, el otro líder de la revolución, que íntimamente ligado a las aspiraciones de los campesinos de su tierra, luchó hasta su muerte —fue asesinado en 1919— por el éxito de la Reforma Agraria, que había inspirado la revolución.

Con estos casos he querido ejemplificar las condiciones y los resultados de la incorporación de los bandoleros a la revolución. El bandolero participa en ella en cuanto los objetivos de ésta son los mismos que los de su gente, y se deslinda de ella cuando considera que ya han sido conseguidos estos fines, o sigue su guerra particular si piensa que la revolución los ha traicionado. Se puede concluir que la unión del rebelde y la revolución es circunstancial.

## EL NEO-CAPITALISMO Y EL NEO-BANDOLERISMO

Con la industrialización y los cambios sociales que traía consigo, se perdía el marco del bandolero. Ello coincidía con la centralización y fortalecimiento del poder político y la mayor eficacia de la administración, lo que posibilitaba una represión más contundente.

El cambio social se tradujo en una toma de conciencia, primero por parte de la burguesía frente a la aristocracia, y después por el proletariado, de su función, como clase, en la creación de la riqueza y del injusto reparto al que se procedía. Desde la primera revolución burguesa hasta finales del pasado siglo, el movimiento obrero centra sus luchas, junto a la legislación del trabajo —trabajo infantil, horario, etc.—, en conseguir el derecho de asociación para la clase obrera.

Frente al individualismo liberal burgués, los trabajadores se dan cuenta de su debilidad individual ante el poder económico de la burguesía. Entienden que la pretendida competencia individual por alcanzar los mejores puestos de trabajo es una falacia que sólo beneficia al que los explota. Que el régimen de explotación en que viven no es un hecho aislado del que pueda salirse, sino que es la explotación de toda una clase por otra, y que entre estas dos no existe un término medio.

Con estos presupuestos, la lucha se plantea en los términos de una lucha de clases, en la que la clase obrera habrá de derrotar a la burguesía, expropiarla de sus riquezas y destruir el Estado como instrumento al servicio de la clase dominante.

Sindicatos y partidos fueron las organizaciones de lucha de que se dotaron los obreros



Bandolero cuyo radio de acción era el noroeste del país, Pancho Villa —en la foto— sería incorporado por Madero a la Revolución mexicana. El resultado fue el hallazgo de un valioso general que aportó las más importantes victorias a la causa revolucionaria.

para llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. Mientras estas organizaciones mantuvieron su combatividad, la rebeldía social se expresó a través de ellas de una forma constructiva. Dejando de tener sentido la

rebeldía de los bandidos sociales.

Sin embargo, tanto el desarrollo del capitalismo como del movimiento obrero, han tendido a suavizar o a eliminar la lucha de clases, logrando una mejora en las condiciones de

vida de los obreros, que parece hacerles renunciar a la destrucción del sistema capitalista. Los partidos obreros participan en los gobiernos burgueses y los sindicatos salen fiadores de la conducta de los obreros ante el gobierno.

En los países de capitalismo avanzado —Estados Unidos, Alemania— puede hablarse de que la lucha de clases ha desaparecido. Y es en estos países en donde aparece un nuevo tipo de rebeldía que se puede denominar como neo-bandolerismo.

Como en el bandolerismo agrario, se hace necesario diferenciarlo del simple bandidismo criminal y de, por llamarlo de alguna forma, el terrorismo revolucionario. Las diferencias del bandidismo

criminal son obvias, pues éste halla su justificación en el mundo del hampa. Los movimientos armados revolucionarios están comúnmente relacionados con la lucha de liberación nacional, como el caso del FLP o el Frente Polisario, en países tercermundistas; y en países de la Europa occidental, como la ETA respecto a España o el IRA respecto a Gran Bretaña. Estos movimientos se diferencian de lo que hemos llamado neo-bandolerismo en que cuentan con un amplio consenso entre la población afectada y presentan una alternativa a la organización de la sociedad aceptada como factible.

El neo-bandolerismo de las naciones super-desarrolladas

se caracteriza por ser un fin en sí mismo. No es capaz de dar unas alternativas de cambio social válidas y asumibles por la mayor parte de la población. Se trata de una rebelión individual, de carácter nihilista, condenada de antemano, en más largo o corto plazo, al fracaso.

El paralelismo de estas bandas —Ejército Simbiótico de Liberación en Norteamérica y la banda de Baader-Meinhoff en Alemania son los casos a los que se ha dado mayor publicidad— con el tradicional bandolerismo, se puede cifrar, en primer lugar, en el marco social en que aparecen. Se trata en ambos casos de una sociedad aletargada, en la que la conflictividad entre clases ha sido desplazada y negada.



El paralelismo entre bandas como la Baader-Meinhoff alemana —cuyos líderes, Andreas Baader y Ulrike Meinhoff, aparecen en esta doble página durante los días de su detención en 1972— y el bandolerismo tradicional, puede rastrearse en algunas similitudes. Pero la actitud revolucionaria de las primeras las diferencia ampliamente en tal comparación.

Una sociedad en la que la paz social no es fruto de la justicia distributiva sino de la apatía y la desidia.

En segundo lugar, en el motivo de la rebelión. La rebelión es reactiva. Un alzamiento contra el poder constituido, sin que exista ningún plan para tomar o destruir este poder. La rebelión carece de objetivos fuera del mismo acto en sí.

En tercer lugar, el origen de los rebeldes. Son generalmente jóvenes liberados, sin obligaciones ni dependencias, inmersos en un medio conformista por el que se sienten rechazados y al que rechazan a su vez. De temperamento exaltado, padecen como una humillación la rutina de la vida.

Como los antiguos bandole-

ros, su espíritu rebelde no encuentra un marco social donde desarrollarse, viéndose empujados a su marginación. Son productos por igual de unas sociedades ancladas en la historia, con un espíritu fatalista y una actividad social aletargada. Su actuación desesperada apenas provoca una reacción en la población, fuera de su ámbito de acción.

No obstante estas similitudes, existen también notables diferencias. La ideología de los neo-bandoleros no coincide en absoluto con la de su marco social, como sucedía con el bandolerismo agrario. No existe una mitificación del pasado, y sin poder dar una alternativa, propugnan un salto en el vacío como única salida de la actual situación.

La opinión que se tiene de ellos también es distinta. Mientras que en la sociedad agraria se admiraba a los rebeldes, el control de los medios de comunicación de masas por parte del Estado, crea un ambiente de repulsa hacia los actos terroristas sin excepción, por lo que, aquellos que no están apoyados por un amplio movimiento popular, quedan indefensos ante la opinión pública. La aceptación de este bandolerismo, en este ambiente, se hace difícil y minoritaria, y se esconde con cierto rubor la admiración de los rebeldes.

También es distinto su modo de actuación. La actividad del bandolero se desarrollaba en las montañas, sus acciones se centraban principalmente en asaltos contra la propiedad o en esporádicas venganzas personales. El marco del neo-bandolerismo es la ciudad. Sus acciones son directamente contra el poder, y se consideran más eficaces cuanto más provocadoras son. Sin despreciar los atracos, frecuentan la colocación de artefactos explosivos y el atentado contra autoridades.

Como los antiguos bandoleros, los de ahora no van a poder cambiar las estructuras de la sociedad, pero su aparición en los países en que se considera que el sistema ha evolucionado más, ha de servir de punto de reflexión para los países que todavía no han perdido un movimiento social de masas. El desarrollo tecnocrático no es capaz de dar solución a los problemas hoy planteados, pero sí lo es para la desmovilización social al precio de un consumismo desenfrenado. La reaparición del bandolerismo puede considerarse como una señal de progresivo abandono de la lucha por un cambio social ■

J. M. M. B.

